



María Diluvio



Colección Planeta Rojo

© del texto,
Freddy Gonçalves Da Silva, 2014
© de las ilustraciones, Coralia López

Diseño de colección:
María de los Ángeles Vargas T.
Diagramación:
Ricardo Alarcón Klaussen

© Editorial Planeta Chilena S.A., 2018
Av. Andrés Bello 2115, piso 8,
Providencia, Santiago de Chile.
www.planetalector.cl
www.planetadelibros.cl

Ninguna parte de esta
publicación, incluido el diseño
de la portada, puede ser
reproducida, almacenada o
transmitida en manera alguna
ni por ningún medio, sin permiso
previo por escrito del editor.

Primera edición en Chile: diciembre 2018
ISBN |978-956-9962-57-8

Impreso en Chile / Printed in Chile

**El libro original protege el
trabajo del autor, diseñador y
del equipo editorial. Comprar
el original es respetar ese
trabajo. No fomentes el delito
de la piratería.**

María Diluvio

FREDDY GONÇALVES DA SILVA

Ilustraciones de Coralia López

 **Planetalector**
Literatura Infantil y Juvenil

La grieta

El martes de la grieta en la pared, María dejó de pre-sentir la lluvia. Era extraño. Desde los tres años, ella se había acostumbrado al mismo proceso: su nariz se ponía caliente como arena al mediodía y en la calle caían las primeras gotas. Eso a nadie le parecía un don. En el colegio, más de una vez citaron a su mamá por el exceso de creatividad de la «niña», condición que resalta-ban para justificar las cosas que hacía. Ya fuera encender la alarma del colegio, desalojar al salón en clases de re-ligión o usar chaqueta, paraguas e impermeable a pesar de los cuarenta y dos grados centígrados a la sombra.

Esas eran las únicas mañanas en las que Alberta, una mamá con nombre de papá, dejaba a su querido no-tebook, Trina, en casa y se enfrentaba a la realidad de tener a una hija que presentía la lluvia. Ambas siempre terminaban en la misma discusión:

—¡Que es verdad! Va a llover —grita María indigna-da, tocándose la nariz.

—Camina, María. ¡Qué vergüenza con los profesores! Es que cuando te pones creatiiiiiva... — extendiendo las *i*, para resaltar el enojo.

—Tócame la nariz —insiste María mientras va siguiendo a la mamá—: ¿Y qué tiene de malo ser creativa? Eso es lo primero que nos dicen en el colegio.

—A los cinco, a los seis años, ¿pero a los once? A esa edad es mejor dejarse de inventos.

Por esa respuesta aprendida, María prefirió quedarse de pie ante la grieta en la pared y no correr donde su mamá para decirle lo que ya no sentía.

—María, ayuda, ¿no ves que se nos está viniendo el techo encima? —le gritó Alberta que venía junto a la abuela Cruz, equipadas con baldes y ollas.

Desde el jueves, una tormenta tropical azotaba la costa. María vivía con su madre y su abuela Cruz en un pequeño pueblo llamado La Picuda. Es tan pequeño que no existe en los primeros mapas de las conquistas ni en las guías de viaje y apenas se percibe desde *Google Maps*. El pueblo era tan antiguo que nadie se ponía de acuerdo en quién lo fundó; pero la biblioteca, el mercado, la municipalidad, la estación de policía y el colegio de María tenían la figura de la picuda, un pez azul largo de ojos graciosos, como único estandarte patrio. En La Picuda hace calor los 365 días del año, o 366 si es bisiesto. Aunque el pueblo está rodeado por la montaña del Peregrino, solo se refresca a las cinco de la tarde, gracias a la visita de unos vientos cruzados cerca de la costa.

Ese martes, la ventolera superó las expectativas de los habitantes del pueblo. El torrencial aguacero conjuró

una sinfonía distinta al golpear los techos de las casas. La grieta en casa de María se abrió exactamente a *las cinco y cuarto pm, hora local*, como anunció la radio que sonaba en Trina desde la mesa del salón. También ocurrió en el instante en que María sintió su nariz helada. Por eso no atendió al grito de Alberta. Corrió al espejo del baño, cubriéndose la punta de la nariz con la mano, a ver si cambiaba la temperatura.

Alberta alzó el grito al cielo, llamando la atención de su hija, que regresó al salón. La grieta había ocupado treinta centímetros más de la pared. De la hendidura resbalaba agua café, sucia de tierra. La primera reacción de Alberta fue correr donde Trina, la cerró y la dejó sobre lo alto del clóset de su cuarto. La abuela Cruz, riendo discretamente, encendió la pequeña radio vieja de la cocina en la emisora de noticias y regresó al salón con una olla grande. María terminó por unírseles. Juntas, se arrastraron en el suelo con paños y traperos. Se despejó. Pasaron el resto de la tarde secando el suelo y la pared.

Alberta seguía torciendo los paños sucios sobre un balde cuando la abuela Cruz se sentó a oír las noticias. Daban un especial de la vida de Rita Acosta, la nueva protagonista de teleseries que había nacido en La Picuda. Nadie habló de las lluvias. Alberta pidió ayuda y Cruz se puso a su lado a machacar paños. María se asomó por la ventana del cuarto de su mamá. A través de la reja, vio el cielo encapotado. Cerró las cortinas. La noche de tormenta

la ponía nerviosa. No llegó a darse cuenta de que, en el barrio alojado en la montaña del Peregrino, las luces no estaban encendidas.

Su nariz aún parecía de hielo. Odiaba esa nueva sensación. Con la nariz caliente, María sabía con certeza cómo se iba a comportar la lluvia, pero al sentirla fría, no sabía a qué atenerse. Inquieta, corrió de la ventana a la cocina. Saltó los baldes del salón, cruzó al fregadero. Abrió el horno. Estaba vacío. Luego rebuscó entre las ollas que estaban sobre los quemadores algo con qué calentarse. Encontró, en una olla, la sopa de gallina de la abuela Cruz. A María no le gusta esa sopa. Y menos cuando la recibe un trozo del hígado flotando en el caldo. Cerró la olla. No pudo evitarlo. Curiosamente, la sopa de la abuela la hizo pensar en Torres, el chico de las gallinas.

Torres estudiaba con María. Mientras los demás jugaban o hacían las tareas, Torres se pasaba las tardes cuidando a las gallinas del corral de su papá. Era el único pescador sin bote ni red de La Picuda. Su papá le tenía miedo al mar. Al chico de las gallinas lo llamaban Torres en el colegio, porque de esa forma aparecía en la lista. ¡Torres!: así lo llamaban los profesores a la pizarra. Nadie sabía su nombre porque a nadie le interesaba preguntar.

El miércoles, antes de que llegara la tormenta tropical, María sintió la nariz más caliente que nunca. Los compañeros de clases apostaron con ella su mesada y el postre de la abuela. María había aceptado. Se reunieron

en la fachada del colegio a esperar una lluvia que no llegó. Aunque María seguía con la nariz hirviendo, había perdido la apuesta. Sus compañeros, burlones, fueron desapareciendo con el dinero de la mesada, el postre de la abuela Cruz y un estribillo que retumbaba por las calles:

—¡María Diluvio, deja el barullo!

El chico de las gallinas no cantaba con los otros. Se comía los pellejitos de los dedos mientras presenciaba, mudo, desde la entrada del colegio. María ni lo veía. La hipnotizaba el vaivén de la madera tallada en forma de picuda que colgaba en la entrada. Un viento desconocido mecía la larga figura del pez. La lluvia estaba por llegar. María, resentida por la derrota, recogió su mochila dispuesta a irse, cuando Torres le bloqueó el paso. No fue su intención. Sin precisar el espacio, Torres inició un extraño baile. Rodeó a María con una media vuelta a la derecha y repitió la acción hacia la izquierda. Ella permaneció inquieta y él consiguió establecer una posición segura a su lado, mirando al suelo.

—Quizá lluvia no egó a arena y a lo jo se dió e mar —farfullaba entre dientes, con la velocidad de un relám-pago.

—¿Perdona?

María no sabía si correr o quedarse. Buscaba los ojos de Torres, pero él no se dejaba. Torres sacudía sus manos, tomaba aire y repetía todo más despacio.

—Quizás la lluvia no llegó a la arena. A lo mejor se perdió en el mar.



María reaccionó con una sonrisa, tonta, pintada en el rostro.

—Papá piensa que si un pescador sale a buscar la lluvia, nunca vuelve.

En la cocina, al lado de la olla con el caldo de gallina, María pintó esa misma sonrisa, tonta, en sus labios. Aunque, luego, por su cabeza también cruzó un plan macabro para cobrarle a sus compañeros la mesada. La nariz helada la hizo retomar su misión inicial. Tras un reconocimiento final a través de la cocina, no tuvo más alternativas. Abrió la olla, contuvo la respiración y, cerrando los ojos fuertemente, hundió su cara en el vapor que desprendió el caldo.

—¿Tienes hambre? —preguntó la abuela Cruz, apa-reciendo como un fantasma.

María se sobresaltó, dejando caer la tapa de la olla contra el suelo. El escándalo provocó un nuevo grito de Alberta, quien corrió por toda la casa en busca de más grietas. Cruz y María sonrieron cómplices. María recogió la tapa del suelo mientras la abuela buscaba un plato hondo y el cucharón de la sopa.

—¿Cómo tienes la nariz hoy? —indagó mientras ser-vía la sopa en el plato.

María, rendida, acercó una silla. Cruz era la única que creía en su don.

—Esta vez le eché plátano maduro al caldo. Como te gusta —aclaró Cruz al llevar el plato a la mesa. El plátano era la comida favorita de María.

—Abuela, es raro. La nariz está congelada. ¡Toca! María, preocupada, acercó su nariz como un ratoncito a las manos de Cruz, sintiendo el fuerte aroma de ajo y perejil que las impregnaba.

—Eso parecen cosas de la Pavita* —dijo Cruz con preocupación.

—¿Otra vez con lo mismo? —María se apartó, disgustada.

—Ah, verdad que tú eres una muchacha grandota.

La abuela Cruz le entregó una cuchara, disponiéndose a salir.

—Está bien, abue. ¿Por qué dices que es la pava?

—La Pavita. A las cosas llámalas por su nombre, para no tenerles miedo —aconsejó Cruz mientras buscaba una silla para sentarse frente a ella.

—¿Como Voldemort?—aclaró María, retadora. —

No sé quién es ese señor —se disculpó sincera la abuela.

—Nadie. ¿La Pavita no es un pájaro? —María no tenía ánimos de explicar.

—Eso dicen algunos. Que si es un búho que canta en aguaceros o cuando viene muerto. Pero la Pavita es peor. Nadie sabe cómo es en realidad.

—Obvio. Si no existe.

—La Pavita te recita las peores pesadillas al oído.

* Ave rapaz de la familia de los búhos, conocida como de mal augurio. Se dice que su canto predice aguaceros o muertes. (N. del E.)

Los que la vieron, dicen que parece una oruga, pequeñita.
Fea como noche sin luna.

—¿Quién dijo que la noche es fea? —protestó María.

—¿Yo te conté que a mí me comía la cabeza siempre mientras dormía?

—Sí, y que vinieron los vientos... —repitió María como una lección al pie de la letra.

—Sí, llegaron los cuatro. Se cruzaron el Norte, el Sur, el Este y el Oeste.

—Y soplaron, y soplaron... Eso son los tres cerditos. También me lo sé.

—¡Niña, qué empeño el tuyo de no creer en nada! Y eso que tienes un don —Cruz sabía cómo ganarse el interés de su nieta.

—¿Y qué hicieron los vientos? —preguntó por complacer a la abuela.

—Se llevaron lejos a la Pavita. Y siempre que volvía, los vientos llegaban tras de ella. Por eso a las cinco de la tarde, hay vientos cruzados en la costa.

—Para protegerte —culminó aburrida.

—No, para protegerme estás tú. A ti los vientos te escogieron.

—¿Cómo sabes eso? —María disimulaba desinterés pero, en secreto, se inflaba porque venía la única parte que le gustaba del relato.

—Porque desde que naciste, nunca más tuve un sueño feo.

La abuela Cruz le dio un beso en la punta de la nariz a su nieta, y acudió a los gritos de su hija Alberta a quien, además de la grieta y la inundación, se le había caído Internet justo cuando veía las noticias meteorológicas en Trina.

María acercó su cara nuevamente al plato. Revolvió la sopa para provocar un poco más de vapor y dejó su nariz calentándose mientras mordía, con pocas ganas, un trozo del plátano verde. María tenía miedo. No por la Pavita. Había dejado de temerle a los siete años, cuando en clases de ciencias naturales mostraban las imágenes de una lechuza pequeña a la que llamaban con el mismo nombre. La profesora Myriam contaba cómo su mamá le seguía teniendo miedo a su canto. Todos en clase



se reían. Incluso María. Ella pertenece al grupo de niños que se cuestiona ante los hechos. Su nariz, era un hecho: presentía la lluvia. Y, en ese momento, ni el humo de una ardiente sopa de gallina evitaba que su nariz se enfriara con más intensidad.

Ella tomó con un tenedor el trozo de plátano. Atrás dejó el plato de sopa sobre la mesa, los baldes de agua sucia, los gritos de Alberta al wifi de Trina, los consuelos de Cruz, y se detuvo delante de la grieta a analizarla. En la pintura percibió formas de humedad y una gota sucia resbalando por la pared.

María dejó de presentir la lluvia. Pero ese martes, frente a la grieta de su casa, aprendió a sentirla.